

Nosotras las presas políticas

Edit. Nuestra América, Buenos Aires, 2006, 485 pag.

Rafael Luis Gumucio Rivas*

“Fueron, son, compañeras.
Compañeras, las que comparten el pan.
Eso significa la palabra, según su raíz latina.
Este libro comparte y libera la memoria.
Es la obra colectiva de muchas presas.
De la última dictadura argentina.
Ellas testimonian de los secretos soles
que escondían aquella noche”.

Estas palabras corresponden al discurso de Eduardo Galeano, en la presentación del libro *Nosotras, las presas políticas*, actividad realizada en la sala Jorge Luis Borges, en el año 2006, en la Feria del Libro, de Buenos Aires. Esta obra fue un acontecimiento en la Argentina de Kirchner, el presidente que ha tenido el valor de anular las leyes de punto final y obediencia debida, abriendo nuevos juicios contra los militares, autores de crímenes de lesa humanidad. A diferencia de Chile, donde aún la derecha es pinochetista, en Argentina los canallescicos militares provocan la repugnancia y el juicio público.

El prólogo de esta obra está firmado por Inés Izaguirre, quien sostiene que la recopilación de cartas, otros documentos y dibujos, se realizó treinta años después de los dolorosos acontecimientos. Muchas de estas mujeres viven en Francia, en Suecia, en otros países de Europa y algunas en Argentina, sin contar las ya fallecidas. Quienes conocemos de cerca a las víctimas de las dictaduras latinoamericanas sabemos bien lo difícil y traumático que es relatar los tormentos sufridos. Como lo expresa la autora del prólogo, “este trabajo se hizo llanto a llanto y con mucha paciencia, para reconstruir el relato de las humillaciones”. Cada una de estas cartas, testimonios y dibujos son como una pedrada lanzada a los torturadores, sus cómplices y, sobretodo, a los cobardes que callan y siguen callando. Si no hubiera existido el silencio de la población, el reinado de los dictadores militares se hubiera derrumbado por sí solo. Es el miedo de siempre, de los acomodaticios y pusilánimes, el que permitió que más del 90% de la población francesa fuera colaboracionista de los nazis. Haría falta escribir una historia de la infamia y otra sobre la impunidad.

Siempre se plantea la lucha entre quienes por diversas argucias quieren imponer el olvido, la estúpida reconciliación, el amor entre el torturado y el torturador. Pero, afortunadamente para la memoria histórica, las víctimas nunca callan. No han faltado, para nuestra vergüenza, demócratas argentinos como Carlos Saúl Menem, Raúl Alfonsín, y Fernando De La Rúa, que impusieron las leyes del silencio, punto final y obediencia debida. En Chile, no nos podemos vanagloriar, pues Eduardo Frei Ruiz-Tagle y José Miguel Insulza, entre otros, salvaron al tirano Pinochet, quien murió a los 91 años, en la cama, con todos los cuidados de un hospital militar y en compañía de su familia.

Si no fuera por los abogados de derechos humanos, de las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo - algunas de las cuales fueron asesinadas por la dictadura-, este testimonio de las cartas de 120 presas políticas, estos petimetres, cómplices de los torturadores, pasarían desapercibidos o serían héroes y alabados por sus complacientes pueblos.

La prisión de Villa Devoto, en la capital federal de la República Argentina, era presentada por la dictadura militar como cárcel modelo, con la intención de mostrarla ante las comisiones de la OEA, de la ONU y de la Cruz Roja, instituciones que condenaban los atropellos a los derechos humanos perpetrados por las dictaduras en América Latina. “Estamos como en una vidriera”, decía una de las presas, al referirse a esta cárcel “modelo”, “nos tratan de señora”. No obstante, la verdad era otra: los gendarmes amenazaban a sus víctimas diciéndoles que “saldrían muertas, o locas” y, como en el infierno de Dante, tendrían que abandonar toda esperanza. El calor de estas heroicas mujeres fue esperar más allá de la desesperanza. ¿Cómo lograron esta proeza? La primera clave se centró en el amor a sus seres queridos, y con ellos construyeron una red que les permitió resistir a cualquier barbarie; la segunda clave fue tratar de

mantenerse ocupadas y alegres, mediante manifestaciones culturales y de actos sencillos de la vida, como cocinar, cantar y amar a sus compañeras. Nuestras protagonistas eran personas de a pie, todo lo contrario de una súper mujer, pero tenían ideales, producto escaso en la Argentina neoliberal actual y casi inexistente en el Chile de la Concertación.

El libro comienza con una dedicatoria: “Por nuestros familiares que vivieron la experiencia, la sufrieron en carne propia, por nuestros muertos, desaparecidos que no olvidaremos nunca, por aquellos que no conocen la historia, por nuestros compañeros, por nuestros hijos”, es decir, por todos aquellos lazos de amor y solidaridad que les permitieron estar conectadas con el devenir histórica de Argentina, a pesar de la detención del tiempo y el espacio, en el encierro.

Las mujeres de Villa Devoto pertenecen a una generación nacida entre 1945-1955. Una de ellas dice: “hemos pasado tres decenas desde que ocurrieron los hechos, hoy es otro país, sin embargo, cada capítulo de esta historia se articula con el anterior, por eso nos corresponde hoy transmitir nuestra experiencia unidas, para alimentar la memoria, construir el presente y mirar esperanzadamente el futuro”

La prologuista Inés Izaguirre dijo: “somos una generación que se debate entre el peronismo y el antiperonismo” El escenario político argentino es muy distinto al chileno: allende los Andes no hay partidos internacionales grandes, como el socialista o el demócrata cristiano; el poder se reparte entre tres partidos políticos -grupos o montoneras: los radicales, los peronistas o justicialistas y los militares. En 1930, las Fuerzas Armadas derrocaron al “peludo” Irigoyen, un radical populista; en los años cincuenta llegaron Perón y Evita, quienes dominaron la historia política argentina hasta hace poco tiempo. Evita Duarte movilizaba a los “descamisados”, y se convirtió en un mito histórico. En 1955, la iglesia, la ultraderecha y los militares derrocaron a Juan Domingo Perón, quien se refugió en la Cañonera Paraguay, luego se exilió en Paraguay y, posteriormente, en España.

En las elecciones de 1962, logró triunfar un radical desarrollista, Arturo Frondizzi, el que fue derrocado rápidamente por los militares, lo mismo ocurrió con el débil doctor Illia, otro radical, expulsado a puntapiés por los marinos, cuyo líder era el almirante Rojas. En los años sesenta, se instauró la dictadura de Juan Carlos Onganía, y ahí el pueblo comenzó a despertar: por segunda vez Córdoba, “la mística”, se rebela contra el poder central, -la primera asonada había sido en 1918, con la revolución universitaria-, y derrocó al reaccionario Onganía.

En los años setenta, se derrumba la revolución nacional antiperonista con el gobierno del general Lanusse. Argentina era un “tango” donde se turnaban golpes militares y elecciones. Entonces, llegó al poder, Héctor Cámpora, un peronista de izquierda; mediante un rotundo triunfo electoral. Asistieron a la transmisión de mando Salvador Allende, presidente de Chile y Osvaldo Dórticos, presidente de Cuba, entre otros. La revolución parecía estar a la vuelta de la esquina. Después volvió el viejo Perón, casado ahora con una copetinera, Isabel Martínez. La fórmula Perón-Perón ganó, de lejos, en las elecciones. Sin embargo, Juan Domingo Perón pronto murió y lo reemplazó su mujer, que era la vicepresidenta. Isabelita estaba dominada por el ministro, el “mago” López Rega, quien la manejaba a su antojo. Este siniestro personaje persiguió a los Montoneros -la izquierda peronista- y fundó la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), que cometió numerosos crímenes y obligó a exiliarse a muchos izquierdistas. La presidenta tuvo que huir, en un helicóptero, a raíz del golpe militar, encabezado por Rafael Videla. ¡La justicia tarda, pero al final llega!, (salvo en Chile): Isabelita está ahora siendo requerida por los tribunales argentinos, a causa de su complicidad en varios crímenes de lesa humanidad, ocurridos durante su mandato.

El ambiente donde crecieron las protagonistas de este libro está marcado por la revolución cubana, la muerte heroica del Che Guevara, en Bolivia, la derrota norteamericana en Vietnam, los cristianos para el Tercer Mundo, la revolución de 1968 en París y un ambiente cultural de las canciones de protesta, (de Joan Báez, Joan Manuel Serrat, Los Beatles, Mercedes Sosa, Violeta Parra...), los poemas y novelas de Mario Benedetti, Nicolás Guillén y Pablo Neruda, entre otros.

“Son de las mejores militantes sindicalistas.
Son las mejores militantes cristianas.
Son las mejores militantes políticas.
Son las mejores militantes revolucionarias”

Pero, para sus verdugos estas mujeres eran “subversivas, terroristas, comunistas, bolche”.

El promedio de tiempo de prisión fue de siete años; y hubo una que estuvo presa durante 14 años. Cuenta una prisionera, en una carta del 11 de abril de 1977, dirigida a su pequeño hijo, que estaba “sancionada por quince días en los calabozos de castigo”, llamados por las internas “chanchos”. “Fui castigada por haberme negado, con otras presas, a sacarnos las bombachas (los calzones)”. Fue un gesto de rebelión, de dignidad, pues si cedían, caerían en manos de sus captores, serían sus esclavas y se convertirían en delatoras.

Las presas eran clasificadas según categorías: G1 eran irrecuperables; G2 casi recuperables y G3, recuperables. Las recuperables tenían todo tipo de privilegios: podían ir al gimnasio, asistir a ceremonias litúrgicas y recibir visitas, mientras que las irrecuperables eran sometidas a castigos diarios. La iglesia argentina tuvo una actitud francamente repugnante, salvo honrosísimas excepciones, dos obispos y varios sacerdotes fueron asesinados, pero la mayoría de ellos actuó como el cura Hasbún (de Chile). El capellán de Villa Devoto se dedicaba a contar a los gendarmes los secretos de confesión de las internas.

A través de las cartas, podemos seguir los distintos períodos de la dictadura argentina: la brutalidad durante la época de Rafael Videla, en la cual se realizan fusilamientos simulados y reales, crueles torturas y trato degradante. Después vino la guerra de las Malvinas y el campeonato mundial de fútbol, y se permitieron numerosas visitas extranjeras y comisiones investigadoras, incluso la OEA; el ministerio norteamericano de colonias se atreve a pedir a la dictadura argentina la lista de presas políticas de Villa Devoto. Los tratos cambian según los períodos, pero las mujeres resisten con la misma entereza de siempre. *Nosotras las presas políticas* será siempre una acusación contra los caínes de todos los tiempos.

notas

Historiador chileno. Magister en Historia de la Universidad de Paris, profesor de la Universidad Bolivariana. Email: rafaelgumucio@hotmail.com